

Una novela de Harry Bosch y Mickey Haller

# Michael Connelly

## LA REVOCACIÓN

«Trama, matices, personajes, diálogos... Como siempre,  
Connelly lo ofrece todo, y de forma brillante.»

*BookPage*

AdN

# **Michael Connelly**

## La revocación

Traducción de Antonio Lozano

**AdN**

Título original inglés: *The Reversal*.

Publicado por acuerdo con Little, Brown & Company, Nueva York, Nueva York, EE. UU. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Pep Carrió

Diseño de cubierta: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © by Hieronimus, Inc., 2010

© de la traducción: Antonio Lozano Sagrera, 2014

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-10138-36-0

Depósito legal: M. 24.615-2024

Printed in Spain

*Para Shannon Byrne,  
con todo mi agradecimiento*



PRIMERA PARTE

EL DESFILE DE LA VERGÜENZA



*Martes, 9 de febrero, 13:43 horas*

La última vez que almorcé en el Water Grill compartí mesa con un cliente que había asesinado a su esposa y al amante de esta de forma fría y calculadora. Les había pegado sendos tiros en la cara. Había requerido de mis servicios no solo con la intención de que lo defendiera en el juicio, sino también para que lo exonerase de todos los cargos y limpiara su buen nombre de cara a la opinión pública. En esta ocasión me hallaba frente a alguien con quien debía andarme todavía con más cuidado. Comía con Gabriel Williams, el fiscal del distrito del condado de Los Ángeles.

Era un mediodía frío en mitad del invierno. Estaba sentado a la mesa con Williams y su leal jefe de gabinete de confianza –léase asesor político–, Joe Ridell. El almuerzo se había fijado a la una y media, una hora prudente, porque la mayoría de los abogados del tribunal ya estarían de regreso en el Tribunal Penal, y el fiscal del distrito no airearía sus devaneos con un miembro del lado oscuro. Esto es, conmigo, Mickey Haller, defensor de los débiles.

El Water Grill era un lugar agradable para almorzar en el centro de la ciudad. La comida y la atmósfera eran propicias, la separación entre mesas era aceptable si querías conversar con cierta intimidad, y la carta de vinos

casi no tenía parangón por aquella zona. Era de ese tipo de sitios en los que uno se deja la americana puesta y el camarero te extiende sobre el regazo una servilleta negra para ahorrarte la molestia. El equipo de la fiscalía pidió martinis a cuenta del contribuyente, y yo me contenté con el agua que el restaurante me iba sirviendo de manera gratuita. Williams tardó un par sorbos de su ginebra y una aceituna en comenzar a explicarme el motivo por el que nos estábamos ocultando a plena luz del día.

–Mickey, tengo algo que proponerte.

Asentí. Ridell ya me había puesto sobre aviso cuando me llamó esa mañana para organizar el almuerzo. Yo había accedido a que nos viéramos y, a continuación, me había puesto a hacer llamadas con el fin de recopilar toda la información interna posible acerca de la oferta que se avecinaba. Ni siquiera mi exmujer, que estaba a sueldo de la Fiscalía del Distrito, tenía la menor pista.

–Soy todo oídos –dije–. No todos los días el fiscal del distrito en persona quiere hacerte una proposición. Me consta que no debe de guardar relación con ninguno de mis clientes, pues ellos no le merecerían mucha atención al mandamás. Y, de todos modos, ahora mismo no llevo muchos casos. La cosa está floja.

–De acuerdo, tienes razón –concedió Williams–. Esto no guarda ninguna relación con tus clientes. Tengo un caso del que me gustaría que te encargaras.

Volví a asentir. Por fin lo entendía. Todo el mundo odia al abogado de la defensa hasta que lo necesita. No sabía si Williams tenía hijos, pero se las habría arreglado para averiguar que yo no llevaba casos de menores. Así pues, supuse que debía de tratarse de su mujer. Probablemente hubiera robado algo de una tienda, o acaso pesaran cargos contra ella por haber conducido

bajo los efectos del alcohol, y quería que se mantuviera en secreto.

—¿A quién han detenido? —pregunté.

Williams miró a Ridell y ambos se lanzaron una sonrisa cómplice.

—No se trata de nada de eso —respondió Williams—. Esto es lo que te propongo. Quiero contratar tus servicios, Mickey. Quiero que te vengas a trabajar a la Fiscalía de Distrito.

Ni se me había pasado por la cabeza que el motivo de la llamada de Ridell fuera que me quería contratar como fiscal. Perteneecía al cuerpo de abogados defensores desde hacía más de veinte años. La suspicacia y la desconfianza que despertaban en mí los fiscales y policías tal vez no fueran las que me merecían los pandilleros de Nickerson Gradens, pero sí eran las suficientes como para excluir la posibilidad de unirme a sus filas. En pocas palabras: ni ellos me querían, ni yo los quería a ellos. Me resultaba imposible fiarme de ellos, con las únicas excepciones de la exmujer a la que ya he aludido, y de un hermanastro que trabajaba de detective para el Departamento de Policía de Los Ángeles. Y de quien menos me fiaba era de Williams, que era antes un político que un fiscal, lo que lo hacía aún más peligroso. Si bien había ejercido como fiscal al principio de su carrera, luego había trabajado dos décadas como abogado pro derechos civiles antes de postularse como fiscal del distrito en calidad de independiente y asumir el cargo durante una oleada de descontento hacia la policía y la fiscalía. Todas mis alarmas estaban encendidas desde el instante en que me había puesto la servilleta en el regazo.

—¿Trabajar para ti? —le pregunté—. ¿Haciendo qué, exactamente?

–De fiscal especial. Solo por esta vez. Quiero que te encargues del caso de Jason Jessup.

Me lo quedé mirando durante un buen rato. Mi primer impulso fue echarme a reír a mandíbula batiente. Debía de tratarse de una broma muy bien urdida. Pero luego entendí que no podía ser eso. Nadie te cita en el Water Grill solo para gastarte una broma.

–¿Quieres que lleve la acusación de Jessup? Por lo que he oído, no hay de qué acusarlo. El caso es un pato sin alas. Lo único que puedes hacer es dispararle y comértelo.

Williams meneó la cabeza, dando a entender que no necesitaba convencerme a mí, sino a sí mismo.

–El martes que viene es el aniversario del asesinato –dijo–. Voy a anunciar que hemos pensado en llevar a Jessup a juicio de nuevo. Me gustaría que estuvieras a mi lado durante la rueda de prensa.

Me recliné en la silla y los observé. He dedicado buena parte de mi vida adulta a pasear la mirada por los tribunales, intentando leer las expresiones de jurados, jueces, testigos y fiscales. Creo que se me da bastante bien. Pero sentado a aquella mesa no podía leer nada en Williams ni en su compinche, pese a que los tenía sentados a un par de metros.

Jason Jessup era un asesino convicto de niños, que se había pasado casi veinticuatro años en prisión hasta que, hacía un mes, el Tribunal Supremo de California le había revocado la pena y había devuelto el caso al condado de Los Ángeles para que o bien se repitiera el juicio, o bien se retiraran los cargos. La revocación había llegado después de una batalla legal de más de dos décadas, dirigida sobre todo por el mismo Jessup desde su celda. Ninguna de las apelaciones, mociones, quejas, protestas u objeciones legales de cualquier otro tipo sobre las que había

investigado habían ayudado a aquel abogado hecho a sí mismo a avanzar por los tribunales estatales y federales. Sin embargo, al final había conseguido llamar la atención de una organización de letrados denominada Proyecto de Justicia Genética. Aceptaron su causa y su caso y, al cabo de un tiempo, obtuvieron autorización para realizar un examen genético del semen hallado en el vestido de la niña por cuyo estrangulamiento lo habían condenado.

La sentencia de Jessup se había producido antes de que se generalizara el uso de análisis de ADN en los juicios penales. El análisis, efectuado muchos años después de los hechos, determinó que el semen que se había encontrado en aquel vestido no pertenecía a Jessup, sino a un individuo desconocido. A pesar de que los tribunales habían ratificado la condena de Jessup una y otra vez, aquella nueva información había vuelto las tornas a su favor. El Tribunal Supremo aceptó las pruebas de ADN y otras inconsistencias, tanto en la fase probatoria del procedimiento como en el juicio, para invalidar el caso.

Hasta allí llegaban mis conocimientos sobre el caso Jessup, procedentes en su mayor parte de la prensa y de los chismes que se oyen en los juzgados. No estaba al tanto de los detalles de la orden judicial, tan solo conocía algunos fragmentos que había leído en *Los Angeles Times*. Sabía que era firme, y que se hacía eco de muchas de las largamente reclamadas peticiones de inocencia de Jessup, así como de las irregularidades que tanto la policía como la fiscalía habían cometido en el transcurso del caso. En mi calidad de abogado defensor, no puedo decir que no me sintiera complacido al ver la manera en que los medios de comunicación se cebaron en la fiscalía después de que se diera a conocer el fallo. Digamos que era la alegría del desfavorecido ante la desgracia ajena. En

realidad, no importaba ni que yo no estuviera implicado en un caso que se remontaba a 1986 ni que el organigrama de la fiscalía hubiera cambiado de arriba abajo desde aquellos tiempos: las victorias que caen del lado de la defensa son tan pocas que siempre te asalta una sensación de alegría, compartida por tu colectivo, ante el éxito ajeno y la derrota del *establishment*.

El Tribunal Supremo había anunciado el fallo la semana anterior, con lo que se abría un plazo de sesenta días a lo largo de los cuales la fiscalía tendría que determinar si llevaba a Jessup de nuevo a juicio o lo exoneraba de los cargos. Daba la impresión de que no había pasado ni un solo día desde el fallo sin que Jessup hubiera hecho acto de presencia en los telediarios. Había ofrecido multitud de entrevistas, telefónicas y presenciales, desde San Quintín. En ellas había proclamado su inocencia y había cargado las tintas contra los policías y los fiscales que lo habían metido ahí. Las celebridades de Hollywood y los deportistas profesionales le habían mostrado su apoyo. Además, había interpuesto una demanda civil contra la ciudad y el condado, a los que reclamaba varios millones de dólares por los daños ocasionados por haber permanecido tantos años encarcelado por error. La incesante cobertura mediática, signo de los tiempos, le había proporcionado un foro permanente, del que se estaba valiendo para auparse a la categoría de héroe del pueblo. Cuando finalmente abandonara la prisión, él también se habría convertido en una celebridad.

A tenor de los pocos detalles que conocía del caso, me daba la sensación de que se trataba de un hombre inocente a quien habían sometido a un cuarto de siglo de tortura, por lo que bien se merecía cualquier cosa que pudiera obtener a cambio. Sin embargo, era consciente de que las pruebas de ADN le allanaban el camino, por

lo que el caso estaba perdido y la idea de volver a llevar a Jessup a juicio se me antojaba un ejercicio de masoquismo político, impropio de unos cerebros tan bien amueblados como los de Williams y Ridell.

A menos que...

–¿Qué sabéis que yo no sepa? –les pregunté–. Ni yo ni *Los Angeles Times*, me refiero.

Williams esbozó una sonrisa engréida y se echó hacia delante para ofrecerme su respuesta.

–Todo lo que Jessup ha podido demostrar valiéndose del Proyecto de Justicia Genética es que su ADN no se encontraba en el vestido de la víctima. En su calidad de demandante, no era asunto suyo determinar a quién pertenecía.

–De modo que habéis sido vosotros quienes lo habéis analizado a través de los bancos de datos.

Williams asintió.

–Lo hicimos. Y obtuvimos una respuesta. Y se abstuvo de decir nada más.

–Y bien, ¿a quién pertenecía?

–No voy a revelártelo a menos que te subas a bordo. De lo contrario, tengo la obligación de observar la debida confidencialidad. Lo que sí te diré es que creo que nuestros descubrimientos nos abren la puerta a una táctica jurídica que podría neutralizar el asunto del ADN, y dejar el resto del caso (y de las pruebas) razonablemente intacto. No hizo falta recurrir al ADN para condenarlo la primera vez. Tampoco lo necesitamos ahora. Al igual que en 1986, creemos que Jessup es el culpable del crimen, y estaría faltando a mi deber profesional si no intentara procesarlo, al margen de cuáles sean las probabilidades de verlo condenado, las posibles consecuencias políticas y la manera en que la opinión pública perciba el caso.

Dijo todo eso como si estuviera mirando a la cámaras, en vez de a mí.

—Entonces, ¿qué te impide procesarlo? —le pregunté—. ¿Por qué acudes a mí? Tienes en nómina a trescientos abogados muy capacitados. Me sé de uno que se ha quedado para vestir santos en el despacho de Van Nuys que aceptaría el caso sin pestañear. ¿Por qué yo?

—Porque esta acusación no puede partir de la Fiscalía del Distrito. Estoy seguro de que has leído u oído hablar de las alegaciones. El caso está contaminado, y no importa que ni uno solo de los malditos abogados que trabajan para mí estuviera en activo por aquel entonces. Necesito reclutar a alguien de fuera, que alguien independiente lo lleve a juicio. Alguien...

—Para eso está la Fiscalía General. Si necesitas un abogado independiente, acudes a ella.

Me estaba limitando a meterle el dedo en el ojo, y todos los que estábamos sentados en aquella mesa lo sabíamos. Gabriel Williams no iba a pedirle bajo ningún concepto al fiscal general del estado que se personara en el caso. Eso equivaldría a cruzar una línea roja política. El de fiscal general de California era un cargo elegido por votación pública, y todos los especialistas políticos de la ciudad coincidían en considerarlo el siguiente destino de Williams, una escala en su camino a la mansión del gobernador o a otras cumbres políticas. Lo último que se le pasaba por la cabeza a Williams era ofrecerle a un potencial rival político un caso que pudiera volverse en su contra, por viejo que fuera. En la política, en los tribunales y en la vida no le ofreces a tu contrincante un garrote con el que te pueda apalear.

—No vamos a llevar este caso a la Fiscalía General —señaló Williams sin darle mayor importancia—. Y por eso te quiero a ti, Mickey. Eres un conocido y respetado aboga-

do penalista. Creo que el público confiará en tu independencia en este asunto y, por lo tanto, aceptará la condena que consigas cuando ganes el caso.

Mientras miraba fijamente a Williams, se acercó un camarero a tomarnos el pedido. Sin romper en ningún momento el contacto visual conmigo, Williams le dijo que se marchara.

—No le he prestado mucha atención a este asunto —dije—. ¿Quién es el abogado defensor de Jessup? Me resultaría difícil enfrentarme a un compañero a quien conociera bien.

—Por el momento solo cuenta con el del Proyecto de Justicia Genética y el abogado de la causa civil. No ha contratado letrados para su defensa, ya que, para ser te sincero, confía en que desistamos de la idea.

Asentí. Un obstáculo menos.

—Pero le aguarda una buena sorpresa —prosiguió Williams—. Vamos a arrastrarlo hasta aquí y someterlo de nuevo a juicio. Fue él quien lo hizo, Mickey, y eso es todo cuanto necesitas saber. Hay una niña pequeña que sigue muerta, y eso es todo cuanto cualquier fiscal necesita saber. Acepta el caso. Haz algo por tu comunidad y por ti mismo. Quién sabe, tal vez te guste y te apetezca quedarte. Si así fuera, no hay duda de que consideraríamos esa posibilidad.

Bajé los ojos hacia el mantel de lino y medité sobre lo que acababa de decir. Por un momento, conjuré, de forma involuntaria, la imagen de mi hija sentada en un tribunal, viéndome del lado del Pueblo, y no del de los acusados. Williams siguió hablando, ajeno al hecho de que ya había tomado una decisión.

—Es obvio que no podré pagarte tus honorarios, pero, si aceptas subirte al carro, no creo que, a fin de cuentas, lo vayas a hacer por el dinero. Puedo conseguirte un

despacho y una secretaria. Y puedo ofrecerte toda la ayuda científica y forense que necesites. Lo mejorcito de cada casa...

–No quiero ningún despacho en la Fiscalía del Distrito. Necesitaría mantenerme al margen de ella. Debo trabajar de forma completamente autónoma. No más comidas. Realizamos el anuncio y luego me dejas tranquilo. Yo decido cómo proceder con el caso.

–De acuerdo. Utiliza tu propio despacho, siempre que no guardes en él ninguna prueba. Y, por descontado, tú tomas tus propias decisiones.

–Y, si acepto hacer esto, yo elijo a mi abogado ayudante y a mi propio detective dentro del Departamento de Policía de Los Ángeles. Gente de la que me pueda fiar.

–¿Tu abogado ayudante saldría de mi departamento o sería un externo?

–Necesitaría a alguien de dentro.

–En tal caso, supongo que estamos hablando de tu exmujer.

–Exacto, siempre que acepte. Y, si de algún modo conseguimos una sentencia de culpabilidad, la sacarás de Van Nuys y la trasladarás al centro de la ciudad, a la sección de Grandes Crímenes, que es adonde pertenece.

–Eso es más fácil decirlo que...

–Este es el trato. O lo tomas o lo dejas.

Williams le lanzó una mirada a Ridell y vio a su supuesto compinche hacer un gesto de asentimiento casi imperceptible.

–De acuerdo –concedió Williams, y se volvió de nuevo hacia mí–. En tal caso, supongo que acepto. Si tú ganas, ella está dentro. Hay trato.

Me tendió la mano por encima del mantel y se la estreché. Él sonrió, pero yo no.

–Mickey Haller, por el Pueblo –comentó–. Suena bien.

*Por el Pueblo.* Debería haberme hecho sentir bien. Debería haberme hecho sentir que formaba parte de algo noble y correcto. Pero todo cuanto tenía era la incómoda sensación de haber cruzado una suerte de línea roja.

–Fantástico –añadí.

*Viernes, 12 de febrero, 10 horas*

Harry Bosch se acercó hasta el mostrador de la Fiscalía del Distrito, situada en la decimoctava planta del Tribunal Penal. Dio su nombre e indicó que estaba citado a las diez con el fiscal del distrito Gabriel Williams.

–De hecho, su reunión va a celebrarse en la sala de conferencias A –le dijo la recepcionista tras consultar el ordenador que tenía delante–. Cruce la puerta, gire a la derecha y camine hasta el final del pasillo. Tuerza de nuevo a la derecha, y la sala de conferencias A quedará a su izquierda. Está señalizada en la puerta. Ellos le están esperando.

La puerta, incrustada en una pared con paneles de madera a espaldas de la mujer, se abrió con un zumbido y Bosch la atravesó, preguntándose por el hecho de que *ellos* estuvieran esperándole. La tarde anterior había recibido la citación de la secretaria del fiscal general Bosch, y todavía era incapaz de determinar de qué se trataba. Cabía esperar cierto secretismo por parte de la Fiscalía General, pero, por lo general, se filtraba algo de información. Hasta ese momento, ni siquiera sabía que iba a reunirse con más de una persona.

Siguiendo el camino que le habían indicado, Bosch llegó hasta la puerta en la que se leía SALA DE CONFERENCIAS A, llamó una vez y oyó una voz femenina que decía «Adelante».

Entró. Vio a una mujer que se sentaba sola en una mesa para ocho personas. Había documentos, expedientes, fotos y un ordenador portátil esparcidos frente a ella. Le resultaba vagamente familiar, pero no sabía decir de qué. Era atractiva, y una melena oscura y rizada le enmarcaba el rostro. Tenía unos ojos afilados que lo siguieron mientras entraba, y una sonrisa afable, casi curiosa. Era como si supiera algo que a él se le escapaba. Vestía el traje de chaqueta azul marino de rigor entre las mujeres de la fiscalía. Quizás Harry no había sido capaz de situarla, pero dio por sentado que era una suplente del fiscal del distrito.

—¿Detective Bosch?

—Ese soy yo.

—Entre, por favor. Tome asiento.

Bosch retiró una silla y se sentó frente a ella. Sobre la mesa vio una foto de la escena de un crimen en la que aparecía el cadáver de un menor en un contenedor abierto. Se trataba de una niña, y llevaba puesto un vestido azul de manga larga. Iba descalza, y yacía en una pila de desechos procedentes de una obra y otras formas de basura. Los contornos blancos de la foto comenzaban a amarillear. Ya tenía sus años.

La mujer cubrió la foto con un expediente y le tendió la mano por encima de la mesa.

—Creo que no nos conocemos —le dijo—. Me llamo Maggie McPherson.

Bosch reconoció el nombre, pero fue incapaz de recordar de dónde, o de vincularlo con algún caso.

—Soy suplente del fiscal del distrito —prosiguió—, y voy a ser la segunda en el equipo de la acusación contra Jason Jessup. La primera...

—¿Jason Jessup? —preguntó Bosch—. ¿Lo van a llevar a juicio?

–En efecto. Lo anunciaremos la semana que viene, y tengo que pedirle que mantenga la confidencialidad hasta entonces. Siento mucho que nuestro primer fiscal esté llegando tarde a la reu...

La puerta se abrió y Bosch se dio la vuelta. Mickey Haller entró en la sala. Bosch tuvo que mirarlo dos veces. No porque no lo reconociese. Eran medio hermanos y le bastaba echarle un vistazo para saber que era él. Pero encontrarse a Haller en la Fiscalía General era una de esas imágenes que no acababan de tener sentido. Haller era un abogado defensor. Pegaba tanto en la Fiscalía General como un gato en una perrera.

–Ya lo sé –le dijo Haller–. Te estarás preguntando de qué demonios va esto.

Haller se acercó sonriendo hasta el lado de la mesa que ocupaba McPherson y comenzó a retirar una silla. Fue entonces cuando Bosch recordó de qué le sonaba el nombre de ella.

–Vosotros dos... –comenzó Bosch–. Estuvisteis casados, ¿verdad?

–Cierto –le respondió Haller–. Durante ocho maravillosos años.

–¿Y ella está llevando a juicio a Jessup y tú lo estás defendiendo? ¿No crea eso un conflicto de intereses?

La sonrisa de Haller se ensanchó de oreja a oreja.

–Solo supondría un conflicto si perteneciéramos a bandos opuestos, Harry. Pero no es así. Ambos queremos procesarlo. Juntos. Yo soy el primer fiscal, y Maggie el segundo. Y queremos que tú seas nuestro detective.

Bosch estaba completamente confundido.

–Esperad un minuto. Tú no eres fiscal. Esto...

–Me han nombrado fiscal independiente, Harry. Todo se ajusta a la legalidad. De no ser así, no estaría sentado

aquí. Vamos a ir detrás de Jessup, y queremos que nos ayudes.

Bosch retiró una silla y se sentó en ella lentamente.

–Por lo que he oído, no hay manera de meterle mano a este caso. A menos que me estés diciendo que Jessup amañó la prueba del ADN.

–No, no lo estamos diciendo –le respondió McPherson–. Hemos efectuado nuestras propias pruebas y comprobaciones. Los resultados eran correctos. El ADN que apareció en el vestido de la víctima no era suyo...

–Pero eso no significa que hayamos perdido el caso –se apresuró a añadir Haller.

Bosch paseó la mirada de McPherson a Haller y luego a la inversa. Era indudable que había algo que no acababa de pillar.

–Entonces, ¿a quién pertenecía el ADN?

McPherson miró a Haller de soslayo antes de responder.

–A su padrastro. Ya está muerto, pero creemos poder explicar por qué se encontró su semen en el vestido de su hijastra.

Haller se inclinó con ansias sobre la mesa.

–Una explicación que deja margen suficiente para volver a condenar a Jessup por el asesinato de la niña.

Bosch se detuvo a pensar un momento y la imagen de su hija relampagueó en su cabeza. Sabía que en el mundo existen determinados tipos de maldad que hay que tener a raya, sin reparar en lo difícil que resulte. La lista la encabezaban los asesinos de niños.

–De acuerdo –dijo–. Contad conmigo.

# Con las probabilidades y las pruebas en su contra, Bosch y Haller deben atrapar a un sádico asesino

Después de 24 años en prisión, el asesino convicto Jason Jessup ha sido exonerado por nuevas pruebas de ADN. Haller está convencido de que Jessup es culpable y acepta el caso con la condición de poder elegir a su investigador, el detective de la policía de Los Ángeles Harry Bosch. Juntos, Bosch y Haller se embarcan en un caso plagado de peligros políticos y personales. Enfrente tienen a Jessup, ahora en libertad bajo fianza, a un abogado defensor que destaca en la manipulación de los medios de comunicación y a un testigo fugado que se resiste a declarar después de tantos años.

## Michael Connelly

Michael Connelly es uno de los escritores con más éxito del mundo. Sus libros, entre los que se incluye la serie de Harry Bosch y la del «Abogado del Lincoln», han vendido más de ochenta y cinco millones de ejemplares en todo el mundo, han sido traducidos a cuarenta y cinco idiomas, y el propio Connelly ha sido galardonado con algunos de los premios más prestigiosos del mundo de literatura negra.

2013

3656000

